



Liberen a Britney

Anehel Ramírez Hernández

Cientos de globos de colores elevándose en silencio desde la ventana. Podría ser cualquier cosa: un desfile una fecha en la que a todos nos reúne el mismo sentimiento y nos acompañamos para soltar un cuerpo hacia una ciudad eólica borrada de los mapas a donde huyen los globos extraviados en el cielo de todos los tiempos. Digamos que una vida paralela nos une, que tiramos para siempre de un cordón invisible o que ellos tiran de nosotros, desde lo alto sujetando un corazón escondido en algún cuerpo.

Llorar bajo la ducha es camuflarse, como luciérnagas revoloteando bajo las estrellas agua escapando por el desagüe

algunos globos enredándose en los cables de electricidad allá afuera.
Pensé que podría ser peligroso, que en cualquier momento la tensión eléctrica provocaría una catástrofe minúscula.
¿Pero qué tan indestructibles somos? Quizá también te lo preguntes rodeada de cercas de alta tensión en tu residencia en California y pienses quizá en matar a tu padre.
Alguna vez pensé lo mismo. Pero no lo hice. Y huí. Y rompí el primer cordón o la primera cuerda, como quieras verlo.
Hollywood y su representación de la vida humana donde es posible matar a todos los padres del mundo y ser la protagonista invencible y repudiada a los ojos de Dios.
La ficción es un purgatorio. No hablemos de las veces que en tu cabeza has imaginado el momento. Quizás un arma, o tus propias manos, arsénico, mercurio, amoníaco. La escena desde este ángulo o desde su perspectiva. Qué hermoso el reino de lo posible aunque lo imposible también exista, y en ese reino, en ese paraíso queremos matar a tu padre.
Y que digan lo que quieran. Si la historia del mundo está repleta de filicidas Jehová fue el peor de ellos. Ni hablar de Agamenón y el sacrificio de Ifigenia en aquel Bosque Sagrado sólo para ganar una guerra.
En tu Holly Wood no hay dios que se apiade de ti.
Queremos matar a tu padre pero nadie jamás lo entendería.
La prensa escribirá: villanas, la sangre más helada de este siglo.
Las reas nos verían con asco, los niños huirían espantados de nosotras, seríamos monstruos enamorados de sí mismos, y compondríamos muchísimas canciones y aunque juren que estamos dementes seríamos felices.
Pero una vez más, es sólo una idea triste atrapada en su purgatorio, esperando quizá purificarse por gracia divina mientras observamos por la ventana los globos elevándose sin que nadie pueda detenerlos.